

CREATIVE WRITING AND PERSONAL ESSAY

Barquito (*Tradescantia pallida*)

Dashel Hernández Guirado

Independent Scholar, US

dashiellhg@gmail.com

“Barquito” explora la derogación y deshumanización del exogrupo (“la escoria”) en el marco legitimador de la violencia (actos de repudio) creado por el gobierno cubano en 1980 a raíz de la crisis en la Embajada de Perú.

Keywords: Mariel; Cuba; violencia; exilio

Viernes 27 de junio de 1980

Sin camisa y sin zapatos, usando un *short* cosido a mano por su abuela, Javier Antonio juega en el pasillo de casa. Le gusta acostarse en el piso para mirar de cerca las hormigas y las hojas del jardín. El tono morado intenso de esa planta que se esparce sobre las losas gastadas por la lluvia llama ahora su atención.

La abuela está al teléfono. Ha tomado un descanso de la máquina de coser en la que se sienta por horas a bordar canastillas. A veces Javier se sube en sus piernas para que le explique con lujo de detalles lo que está bordando en su aro:

—Pato, gallina, estanque (con q, estante es el de los libros), pollito, sol, florecitas...

Ya Javier tiene obsesión por nombrarlo todo y por conocer la historia de todas las cosas. Sin cesar, su voz chillona y dulce formula parrafadas de preguntas en oraciones completas. En septiembre cumplirá tres años.

—Abuela, ¿cómo se llama esta matica? —vocea el niño desde el jardín.

Metida de lleno en la conversación, la anciana parece no escuchar. A falta de respuesta, Javier se levanta y va hasta el cuarto:

—Esta, mira, ¡esta! —y le extiende la rama recién cortada.

La abuela tapa el auricular del teléfono y sonrío meneando la cabeza.

—¡Pero, muchacho!, ¡tú no pudiste esperar a que yo fuera allá?! Las plantas no se arrancan. Esta se llama barquito y sirve para hacer cocimiento y para curar los moretones de las rodillas. Déjame hablar ahora. Sigue jugando tú solito. En un rato te preparo la merienda. Mira, toma, te voy a prestar el almanaque de tu mamá.

—Bar-qui-to —repite Javier en voz baja caminando de vuelta al jardín.



Hernández, Dashel. *Barquito*. 2020.

Ay, hija, que este niño no me da respiro, ¿qué te estaba diciendo? Ah, el médico. Sí, claro que lo conoces: es el que vive a cuatro casas, en esta misma acera, después de Octavia. Sí, ese mismo: el doctor Diéguez. Yo te lo presenté una vez, ¿ya te acuerdas? Claro, hija, eso era de esperarse; imagínate, él tiene a toda su familia allá; fuera de la esposa y los hijos, aquí no le queda nadie. Yo no sé qué me voy a hacer ahora cuando el niño se me enferme...

¿Qué tú dices? ¡No, hija, no, ni muerta! A mí me avisaron, pero yo por nada del mundo me meto en una cosa de esas. Conmigo que no cuenten para nada de eso. Qué horror, Dios mío. Con la de favores que este barrio le debe a ese hombre. Igual, hay mucha gente que no lo soporta porque tiene fama de burgués. Pero a mí me da una cosa por dentro cada vez que oigo hablar mal de él.

Ay, niña, pero si ese hombre es un santo. A la hora que sea que tú le toques la puerta él viene a atenderte, y más si se trata de un niño. La de veces que lo hemos despertado a las dos de la mañana por la fiebre de Javier y, oiga, sin chistar. Y ni un café le aceptaba a una. Yo nunca he visto cosa igual.

Y sus hijos decentísimos, muy respetuosos siempre. No les falta el buenos días ni el usted. Se ve que tuvieron una educación esmerada. A mí lo que me parte el alma es ver a su esposa; ella tiene problemas de los nervios... ¿Cómo? Sí, sí, esa misma, la señora alta, muy elegante; tú la viste aquí una vez, por aquel vestido que ella quería que yo le arreglara. Muy buena persona también, muy decente. Pero me da una lástima. Fíjate que se me hace un nudo en la garganta al hablar de eso. Ella nunca se recuperó, la pobre.

Yo me acuerdo tanto de la niña: rubita y con el pelo rizado, era la más chiquita de los cuatro hijos. Pobrecito angelito, ahora tendría casi quince años... ¿Dime? Sí, hija, sí, ya ellos vivían aquí. Fue a los pocos meses de mudarse. ¡Qué terrible fue aquello! Un día jugando y corriendo, y a los dos días ya la estaban velando en la funeraria: una meningitis fulminante. Tal y como te digo, no duró 24 horas en el hospital. El doctor siempre se ha culpado por eso, aunque no se lo dice a nadie; y su esposa nunca más volvió a ser gente. Seis añitos nada más, ¡acabaditos de cumplir!

Yo creo que a la niña le echaron un mal de ojo, sabes. Pero Conchita dice que no, que eso estaba escrito, que la niña era un espíritu muy evolucionado y que nada más tenía que vivir esos años en la Tierra. Bueno, ella que crea lo que quiera pero yo te digo que eso es un horror incomparable. Con tantos niños que él salvó y su hijita se le fue de las manos en un día, sin poder hacer nada. Tan buen médico, ¡médico de antes!

Mira, Javier Antonio le debe su vida a ese hombre, para que tú sepas. Si no fuera por él, se le hubiera muerto en la barriga a su madre. Imagínate, en Maternidad querían que ella lo pariera de todos modos. Pero cómo va a parir a ese muchachote —nueve libras pesó el cabrón. Y su madre ahí puja que puja que puja y nada. Tres días se pasó en el hospital, y nada. Entonces yo mandé a buscar a Diéguez... ¿Cómo? Sí, hija, escondida de los médicos de Maternidad. Le mandé un recado a su casa y vino enseguida. Oye, y se armó un correcorre cuando aquel hombre se apareció en la Sala de Partos. No sabían dónde meterse porque le tenían mucho respeto, casi terror.

Y cuando él reconoció a la madre, ay mijita, le armó un escándalo a aquellos médicos del materno que en dos horas ya le estaban haciendo la cesárea. Fíjate, que hasta se había hecho caca el niño, pobrecito. Envuelto en mierda lo sacaron de la barriga de su mamá, y todo morado. Yo creo que por eso se demoró tanto en caminar.

¿Cómo? Sí, hija, Javier Antonio empezó a caminar a los dos años, ¿no te acuerdas? Pero ahí está, como si nada. Eso sí, habla como una cotorra, y todo lo repite. Hay que tener un cuidado con él porque embarca a cualquiera. Sí, muchacha, para qué contarte.

Mira, el otro día vino Valeria, la del CDR, buscando un dedal prestado. Y yo el único que tengo no se lo podía dar, ella tiene fama de no devolver nada. Pues hija, me pide el dedal, le digo que no lo tengo, y Javier con las orejas paradas se va al cuarto y regresa con el dedal en el dedo: “mira, Abu, ¿no es esta la cosita que buscas?” Ay, hija, se me quería caer la cara de vergüenza, en fin...

¿Dime? Ah, sí, te decía que...

Oye... Ay, espérate un momento, mi prima, que siento un ruido en la puerta. Déjame asomarme. Espérame un segundito...

Oye, hija, te tengo que dejar, que ahí está llegando la madre del niño, parece que salió temprano del trabajo. Yo te llamo luego y te cuento. Abur, mi prima, hablamos luego; sí, cuídate tú también. ¡Abur!

La madre de Javier Antonio tiene la cara pálida y le tiemblan un poco las manos al llegar a la cocina. Suelta la cartera llena de libros en la mesa y cae desplomada en el sillón verde.

—¿Cerraste bien la puerta? —pregunta la abuela.

—Sí, y la ventana también. Hay tremendo molote. Prepárame un agua con azúcar, por favor; siento que se me va el alma del cuerpo... ¿Y el niño?

—En el jardín —responde la abuela revolviendo el azúcar prieta en el agua fría—. Toma.

De pronto, se sienten unos pasos apurados en el tejado.

—¡Ay, Dios mío, me desbaratan las tejas! —exclama la abuela— ¿Qué es esto por tu vida? ¿Van a pasar por mi techo también?

—Cierra la puerta del pasillo y no dejes que el niño se asome a la sala. Voy a cambiarme de ropa —dice la madre con voz cortada—; y pon la radio, por favor, a ver si la música se lleva lo malo.

En menos de cinco minutos la madre regresa del cuarto, agarra un libro de su bolso y va a sentarse en el piso del pasillo junto a Javier Antonio. El niño sonrío mirando con insistencia su almanaque rojo y brillante.

—Se llama Misha: ¡el osito Misha!

El doctor Diéguez levanta sigilosamente la esquina de una cortina de la sala para mirar afuera. Lo que media hora antes era un grupo de diez personas, se ha convertido en un tumulto.

Ya han puesto un micrófono y dos bafles grandes en la acera de enfrente. En primera fila, detrás del micrófono, está apostada Valeria. Lleva una bata de casa raída y un pañuelo rojo cubre los rolos en su cabeza. A la derecha del micrófono, un nutrido grupo de médicos, todos con sus camisas blancas. Son los profesores de la Escuela de Medicina donde enseñaba Diéguez hasta el mes pasado. Traen consigo una caja de cartón grande cerrada.

A la izquierda, un grupo de pioneros y maestras de la escuela primaria que está al doblar. Detrás de ellos, desbordando las aceras y la calle, una multitud de gente de todos los colores y tamaños. Unos van sin camisa, otros llevan pancartas hechas a mano, y otros llevan botellas de ron. Cinco policías uniformados pasean la mirada por el grupo.

No hay tráfico en la calle. Dos patrullas, una en cada esquina, cierran la cuadra. Ni guaguas, ni bicicletas, ni carros, ni motos. Un sordo murmullo llena el ambiente.

—Lleven a su madre para el cuarto y no dejen que salga de ahí por nada del mundo. Y cierren bien las ventanas —dice Diéguez a sus dos hijos menores.

El doctor y su hijo mayor se quedan en la sala, sentados en el sillón grande del recibidor. El joven cruza su brazo por sobre los hombros del viejo, mira el reloj y suspira. Son las dos y treinta de la tarde en Camagüey, Cuba.

Afuera, el tumulto sigue creciendo sin cesar. Con cada persona que se suma, aumenta el cuchicheo. Algunos ríen, otros hacen bromas en voz baja y otros bailan al ritmo de una música imaginaria que solo ellos pueden escuchar.

Valeria se acerca al micrófono y le da unos golpes toscos con sus dedos arrugados. El *feedback* agudo y molesto que producen los bafles hace que todos se tapen los oídos. La presidenta toma aire y expande los pulmones mirando con furia a la casa del doctor. Como el primer trueno que desata la tormenta, su alarido libera toda la tensión acumulada:

—¡Escoriaaaaaa!

Al instante, su marido mete la cabeza por sobre la de ella y grita escupiéndole al micrófono con saliva y ron:

—¡Gusano! ¡Maricón! ¡Burgués!

Y entonces todo el gentío prorrumpe en una algarabía:

—¡Que se vayan! ¡Que se vayan! ¡Que se vayan!

—¡Viva Fidel! —Se escucha chillar a una maestra junto al grupo de niños.

—¡Fidel! ¡Fidel! ¡Fidel! ¡Fidel! ¡Fidel! —responde el pueblo.

Por detrás del coro, retumban los gritos roncados del esposo de la presidenta: ¡Maricón! ¡Burgués! ¡Gusano! Como un contrapunto disonante: ¡Fidel! (maricón) ¡Fidel! (burgués) ¡Fidel! (gusano).

—¡Fuera las ratas! ¡Que se vayan!

Valeria, desde el micrófono, vuelve a dirigir la orquesta:

—¡Gusano, lechuza, te vendes por pitusa! ¡Gusano, lechuza, te vendes por pitusa! ¡Gusano, lechuza, te vendes por pitusa!

Y entonces se escucha el primer golpe. Un ladrillo grande estalla contra la reja *art nouveau* de la puerta. Es un golpe seco que resuena en toda la casa, y otro, y otro más. Pero los ladrillos rebotan contra el hierro forjado de la reja y contra la caoba de la puerta. Los vecinos comienzan a partirlos y a tirar los trozos más pequeños. Un vitral roto, otro vitral roto, otro más.

—¡Gusano! ¡Maricón! ¡Burgués!

Al menos diez personas se han logrado subir al techo del doctor, algunos pasando de casa en casa, por sobre los techos de los vecinos. Recogen trozos de ladrillos y arrancan algunas tejas para intentar lanzarlas contra las ventanas interiores.

—¡Fuera las ratas! ¡Que se vayan!

Una pionera de quinto grado se acerca al micrófono y comienza a declamar apasionadamente. A medida que su voz conmovida llena la cuadra, todos hacen silencio:

Nemesia —flor carbonera—
creció con los pies descalzos.
¡Hasta rompía las piedras
con las piedras de sus callos!

La maestra, a su lado, tiene el libro abierto por si se le olvida algún verso. Algunos en el público, recitan a coro con la niña. Ni gritos ni ladrillos, solo se escucha su voz infantil, cortada por el llanto, declamando los últimos versos:

Sabe que nada en el mundo
—ni yanquis ni mercenarios—
apagarán en la patria
este sol que está brillando,
para que todas las niñas
itengan zapaticos blancos!

La muchedumbre rompe en aplausos y en gritos de “Viva Fidel”. La niña llora de emoción y Valeria la abraza llorando también. Su esposo vuelve la mirada a la casa de Diéguez y se pega al micrófono:

—¡Maricón, escoria, gusano! ¡Sal si eres hombre!

—¡Fuera las ratas! ¡Que se vayan! —repite el coro.

Dentro, encerrados en el cuarto, los dos muchachos consuelan a su madre. Solo Diéguez y el hijo mayor permanecen afuera. Ahora se han ido a sentar, uno al lado del otro, en el sofá de mimbre de la saleta para evitar los trozos de ladrillos que se cuelan por las ventanas rotas. El viejo tiene un rosario en la mano. No puede concentrarse en rezar, pero sentir las cuentas redondeadas entre sus dedos lo calma un poco. Suena el reloj de pared a su lado: son ya las cuatro de la tarde.

En ese mismo instante, los excompañeros de trabajo del doctor Diéguez dan un paso al frente, abren la caja grande que han traído con ellos y comienzan a sacar huesos humanos. Son los mismos que utilizan para dar sus clases de Anatomía; huesos viejos, quizá de algún haitiano sin familia. La doctora Mariela es la primera en esgrimir un fémur; a su lado el doctor Rosales sostiene un cúbito.

A una señal del secretario del núcleo del Partido, comienzan a lanzarlos contra la puerta y las ventanas de la casa. Uno tras otro, van cayendo radios, rótulas, húmeros y tibias. Los huesos se acumulan en la acera junto a los trozos de ladrillo roto. Algunas vértebras secas logran atravesar las ventanas rotas y aterrizan en medio de la sala.

Y entonces se escucha aquella voz:

—¡Aquí te traemos los huesos de tu hija, para que te los lleves contigo!

¡Escoria! ¡Maricón! ¡Gusano!

—Mira, ahí está Lenin, está dormido; ¿y dónde está? ¡En Moscú! ¿Y a dónde se va a estudiar mamá? ¡A Moscú! ¿Y dónde van a ser la Olimpiadas este año? ¡En Moscú! ¿Y cómo se llama el osito? ¡Misha! МИША. Ven, vamos a cantar juntos la canción del radio.

Javier abraza a su madre y besa sonoramente el almanaque rojo. Los ojos saltones del oso lo miran con fijeza: ¿por qué sonrío el osito?, ¿por qué sonrío tanto? La voz de Pablo Milanés llena todo el pasillo:

Yo pisaré las calles nuevamente
de lo que fue Santiago ensangrentada,
y en una hermosa plaza liberada
me detendré a llorar por los ausentes.

Sin camisa y sin zapatos, usando un *short* cosido a mano por su abuela, Javier Antonio juega en el jardín. Cuatro casas más allá, sin fuerzas ni consuelo, el doctor Diéguez se abraza a su hijo. Lloran los dos en silencio.

(Sube la radio, mamá, que todavía aquí se escuchan los gritos.)

Competing Interests

The author has no competing interests to declare.

How to cite this article: Hernández Guirado, D 2021 Barquito (*Tradescantia pallida*). *Anthurium*, 17(2): 13, 1–5.
DOI: <https://doi.org/10.33596/anth.438>

Published: 14 December 2021

Copyright: © 2021 The Author(s). This is an open-access article distributed under the terms of the Creative Commons Attribution 4.0 International License (CC-BY 4.0), which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited. See <http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>.



Anthurium is a peer-reviewed open access journal published by
University of Miami Libraries.

OPEN ACCESS The Open Access icon, which is a stylized 'A' inside a circle.